

¿QUIEN ES EL AUTOR?

Tal como trabaja Foucault (2010) el problema del autor, puede entenderse que desde la modernidad el autor ha tenido un papel fundamental en la literatura a partir de su ausencia. Esto se replica en otros campos de la escritura, tal como lo es la producción de conocimiento. En este plano, es desde fines de la Edad Media, según dice el autor, que el conocimiento se valida a pesar de su falta de autoría, priorizando su precisión metodológica. De esta manera, el autor desaparece en pos de una verdad que lo excede como sujeto. No es él quien la enuncia, sino un método diseñado para producir verdades y leyes naturales.

Sin embargo, en aquellas producciones en las que se seguía manteniendo el uso del nombre propio del autor, el mismo funcionaba no simplemente como un elemento en un discurso. Según señala, el autor ejerce un papel con relación al discurso, asegurando una función clasificatoria en la que “tal nombre permite reagrupar un cierto número de textos, delimitarlos, excluir algunos, oponerlos a otros” (Foucault, 2010). De este modo, decir que “tal” es autor de un texto, conlleva en su interior un estatuto de verdad, para un momento histórico determinado. Así, aparece el autor como un sujeto que ejerce el poder sobre el lector.

Este análisis foucaultiano de la autoría, de alguna manera se diferencia de otro modo de pensarla. Orgler (2003) plantea que la autoría es precisamente la posibilidad de posicionarse políticamente ante lo que acontece. De esta manera, la autora, al enunciarse, no se estaría proclamando como dueña de un texto o un pensamiento cerrado, sino más bien estaría introduciendo una discontinuidad. Esta discontinuidad resulta necesaria para marcar la pausa y la diferencia en el pensamiento, dando el tiempo para que otras cosas sucedan y no queden subsumidas al suceder de las cosas, una tras otra.

Según esta autora, podemos diferenciar el acto de escribir y el movimiento del autor en tanto el *escribir* sería un acto personal. Tal como lo entiende, al escribir uno escribe para uno mismo. El autor, de alguna manera, escribe su obra siempre para un otro; podemos decir que da vida a la obra, que independientemente de su figura, pasa a cobrar relevancia por sí misma. Pasa a enunciarse autónomamente.

Estas dos posiciones son conciliables en el nivel de la obra. Ambas entienden que en la emergencia de la obra se diluye parcialmente la autoría, sin desaparecer. La

visión de Foucault, nos advierte sobre los efectos subjetivantes que tiene en el lector la existencia de un autor, efectos largamente estudiados por el autor y que se incluyen en la tríada poder-saber-subjetivación. Nos indica que debemos proceder con cautela, no aceptando la muerte del autor, hecho que podría lograr que ya no sea tenido en cuenta, tanto él como los efectos que produce. Otro de los puntos fuertes de su escrito dedicado a este tema, es la capacidad de la figura del autor para producir norma, modos de ser real o falso, el autor *original* o su copia. Conviene interceder preguntas ¿qué pasa con la autoría en el cuaderno? ¿Qué tipo de autoría se está dando?

El cuaderno, no tiene (a excepción de un texto, y en algunos casos textos que fueron firmados encuentran sus firmas tachadas) autorías explícitas. Al menos no las tiene en el sentido que Foucault le da al término, igualando siempre a la autoría con la individualidad, lo que constituye quizás el eslabón débil de su argumentación. Sí se puede ver, por momentos, mensajes firmados a nombre de Fito Paez. Más allá de lo divertido y anecdótico, esto señala algo que puede ser pensado como una de las características del cuaderno, a saber, la construcción del cuaderno como vía de comunicación de los integrantes de un mismo colectivo, comunicaciones del colectivo consigo mismo, firmado como bajo el mismo nombre propio. Ese nombre propio no es codificado por su caligrafía, algo característico de las firmas, sino por su significante. El colectivo lo había transformado, lo había desprovisto de su significado inicial para hacerlo cualidad de los muchos que formamos parte del cuaderno. Podemos plantear otras preguntas que buscan quedar abiertas: ¿Es el cuaderno una vía de comunicación que puede ser pensada más allá de la linealidad del tiempo? ¿La búsqueda de comunicación puede ser pensada sin pasado, presente y futuro, sino en un continuo presente del cuaderno que se reactualiza al ser leído (se relee)? Y por último ¿puede el cuaderno ser pensado como un dispositivo de memoria en tanto hace recordar y motiva un nuevo hacer? Cada pregunta que busca contestarse de alguna manera, termina abriendo más preguntas. Poder dejar constancia de eso en el presente trabajo es parte del ejercicio de pensamiento, que impulsa a seguir escribiendo.

Podemos decir rápidamente sobre el tipo de autoría lo que no es. La autoría del cuaderno no es una autoría individualizada. Tampoco es estrictamente un escribir para uno mismo. Sin embargo, si buscamos tirar un poco más de este hilo, enlazándolo con la idea antes presentada de Orgler (2003), podemos decir que nos encontramos frente a una situación casi paradójica. Cada uno de los sujetos que escriben en el cuaderno

no escriben estrictamente para sí mismos, en tanto el cuaderno es colectivo y abierto en su circulación, sin posibilidad de apropiárselo en términos de propiedad privada. Si decidieramos seguir esta línea, diríamos que un sujeto escribe para un colectivo, o que escribe para un sujeto colectivo. A la vez, los modos de lectura son personales y singulares, por lo que al releer hoy, cada uno de nosotros lee para sí mismo, y recibe desde el anonimato. Cuando recibe, recibe tanto como sujeto, alejado física y temporalmente de la vivencia, pero también desde el recuerdo de haber sido parte orgánica de aquello.

La siguiente pregunta a realizar, para seguir pensando las dimensiones de la autoría propuestas por Orgler, es poder responder si escribimos para otro, para la existencia de la obra en sí misma.

Por un lado, podemos entender que esto es así, si entendemos que siempre el que lee es otro, sin por eso dejar de formar parte del sujeto colectivo. También podemos pensar que escribimos como materialidad. Escribimos para que quede plasmado en un cuaderno, una especie de patrimonio material de un grupo humano, algo que da cuenta de la existencia (fugaz o no) del mismo. Esa puede ser una finalidad en sí misma. En ese caso, quizás corresponde pensar en el cuaderno como obra.

Si buscamos profundizar en el hecho de que escribimos como modo de comunicación, debemos concluir que en realidad sí estamos escribiendo para otro. Es un otro no individual, en tanto está inserto en un otro más grande que es el colectivo, pero no deja de ser otro. Tiene a la vez el carácter de pertenecer a esa cuestión transindividual, sin dejar de ser un sujeto con una experiencia singular sobre lo que cada uno escribe-lee.

Entendemos que es necesario no identificar en algo colectivo, como fue la escritura del cuaderno, los rasgos individuales de los sujetos. Es necesario escapar a estos vicios disciplinares que buscan identificar sujetos, encontrarlos y señalarlos como propietarios de la escritura, autores en el sentido foucaultiano de la palabra. Esto debe hacerse, sobre todo, para no caer en un psicologismo de las cuestiones que escribimos, mucho más si consideramos que el proceso de escritura se dio como fenómeno colectivo, siempre tensionado por fuerzas múltiples, en continua tensión. El cuaderno no puede ser reducido a las características de los sujetos que integran el colectivo. Es por todo esto que se elige enunciarse como autor colectivo, colectivo de autores, algo que en sí mismo incluye la potencia de un enunciado político contra la

propiedad individual de lo que se produce, además de proponer aunque sea en cuestiones mínimas la posibilidad de romper con las responsabilidades que genera la autoría (Foucault, 2010). La palabra responsabilidad, debe ser tomada en su sentido etimológico, como la capacidad de responder ante un acto pasado. De esto, es necesario entender que no hay sujeto individual que pueda responder en autoría por lo que aparece en el cuaderno.

Siguiendo a Deleuze y Guattari (1977), al conceptualizar el rizoma, hablan de pensar lo colectivo y lo múltiple no como la adición de individuos (de lo Uno), sino su sustracción (n-1); el nosotros colectivo, no un autor. “Lo múltiple hay que hacerlo, pero no añadiendo constantemente una dimensión superior (...) sólo así, sustrayéndolo, lo Uno forma parte de lo múltiple” (Deleuze y Guattari, 1977, p. 12). De esta manera podemos continuar pensando la complejidad del tema de la autoría en el cuaderno, sin caer en una encrucijada de dualismos individuo-colectivo.

Referencias bibliográficas:

Deleuze, G. (1977). Rizoma. En: *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.

Foucault, M. (2010). ¿ Qué es un autor?. Buenos Aires: Ediciones literales.

Orgler, R. (2003). Os materiais da autoria. En *Cartografias e devires: a construção do presente*. UFRGS.